

MACONDO MALASIA

De Alicia Migdal

Yo sueño con todas. Hasta sueño que sueño, y que en el hotel Plaza de Santa María, donde se alojó CM y donde me engañó contándome la verdad, llegan y se instalan todas esas mujeres de nombres y apellidos sonoros provenientes de Macando. Macando, que muchos años después iba a ser destruida por el viento, antes y después del viento que también borraría a Santa María. El mío es un sueño de amor y venganza, que se repite y no puedo modificar, no puedo invocar. El sueño tiene su verdad íntima y es inaccesible a la luz.

Soñar es mi venganza.

Estoy mirando el río y ni la lluvia es lluvia porque la que arrasó durante años a Macando me cambió la sensación de lluvia y de refugio, tanto ha insistido el tiempo colérico de esa ciudad en imponer su sustancia de fango y de niebla. Por eso todas esas mujeres sonoras se vinieron al sur, dicen que por un tiempo corto, desafiando el tiempo largo de la lluvia tropical. Como una premonición, CM me había dicho la primera vez que hablamos en el café del hotel “ qué importa que esté lloviendo, aunque llueva cien años esto no es lluvia; agua que cae pero no lluvia “. Y eso que ni siquiera había empezado el diluvio de cinco años en la ciudad de las mujeres y los Buendía. Esa mujer, CM, decía esas cosas y no sabía lo que estaba diciendo. O sí.

Sin baúles, sin valijas, como gitanas desposeídas pero seguras desde siempre de la autoridad de sus movimientos, así llegaron a Santa María las mujeres de Macando, cuando yo todavía estaba rumiando y maldiciendo a aquella mujer que se paseaba con una valija que contenía un álbum con fotos, y que me había contado historias inverificables a mí, a mi incredulidad, a mi juventud. Soy Jorge Malabia, dicen que, como soy joven, todavía creo. Un narrador con cara de perro triste pretende que así sea. No me deja crecer. Si crezco, me envilece. O me lleva a la estación de Constitución para que me tope con Rita y una cabra, ahí, en Buenos Aires, frente a una tumba sin nombre. Una extraña imagen, sin duda más propia de la ciudad de otra novela.

Empecé a soñar con esas visitantes a cualquier hora, dormido, despierto, ojos abiertos o cerrados, mirándolas, imaginándolas mientras las miraba, qué cosa deliciosa y trémula soñar mientras las miro, están ahí y se creen dueñas de sí mismas pero yo sueño mientras las miro y las arranco de su escenario y las meto en mi cabeza, entro y salgo de sus cuartos en ese hotel de la defraudación que me cambió la vida.

Ni siquiera las toco en el sueño a Fermina, a Amaranta, a Remedios la bella, a Rebeca, a Ursula, a Pilar, a Petra, a Sofía de la Piedad, a Fernanda del Carpio, a Nigromanta, a Argénida, señoras y vasallas, jóvenes y centenarias, vírgenes e incestuosas. Si las tocara se disolverían entre los párpados de mis manos, y se escaparían de la sensación. Ah, la sensación, la sensación de tener una sensación, esa

cosa que no puedo describir, que no quiero describir, a la que ya no puedo renunciar. La sensación. Por aquí, por Santa María, igual que en Macando, hay niñas de tres años atesorados por hombres que ya no saben cómo desear a una mujer sin tener que aceptar la lucha silenciosa de sus voluntades. Entonces esos hombres, algunos venerables pero con el corazón desahuciado como el Dr. Díaz Grey, se internan en el paisaje nublado y sin palabras de las niñas muy pequeñas, en su materia porosa y rosada, esa carnecita sin culpa, y algunos no hacen nada con sus cuerpos, les alcanza con saber que existen, que no todo está perdido en el blanco móvil del deseo prohibido. Otros, bestialmente, van y se casan con ellas. No tienen dudas. Las niñas no han llegado al hotel. Murieron antes. Yo sigo aquí. Y allá. Con ellas aquí y allá. No viajo, solo sueño.

Alicia Migdal, abril 2023



Alicia Migdal (Uruguay). Escritora, crítica de cine y literatura. Es traductora y profesora de Literatura egresada del Instituto de Profesores Artigas. Fue docente, Ase-

sora Académica y Directora interina de la EMAD. Ha publicado 4 nouvelles y numerosos artículos en la prensa desde 1979 hasta la fecha.